

EL MAESTRO DE
ALEJANDRO 

Annabel Lyon





El maestro de Alejandro

Annabel Lyon

Traducción de Ana Herrera



Rocaeditorial





Título original: *The Golden Mean*
Copyright © 2009 Annabel Lyon

Primera edición: octubre de 2010

© de la traducción: Ana Herrera
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-181-3
Depósito legal: M. 34.261-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.





Para mis padres, mis hijos y Bryant





Personajes (por orden de aparición)

Aristóteles: filósofo.

Pitia: esposa de Aristóteles.

Calístenes: sobrino y aprendiz de Aristóteles.

Hermias: sátrapa de Atarneo, antiguo patrón de Aristóteles.

Filipo: rey de Macedonia.

Fila, Audata, Filinna y Nikesipolis: esposas de Filipo.

Olimpia: esposa de Filipo, reina de Macedonia.

Leónidas: uno de los tutores de Alejandro.

Carolo: director de teatro.

Demóstenes: orador ateniense, enemigo de Filipo.

Arrideo, hijo de Filipo y Filinna,
medio hermano mayor de Alejandro.

Files: cuidador de Arrideo.

Alexandros: rey de Molosso, hermano de Olimpia.

Antipatro: general, regente en ausencia de Filipo.

Alejandro: hijo de Filipo y de Olimpia.

Arimnesto y Arimneste: gemelos,
hermano y hermana menores de Aristóteles.

Proxeno, marido de Arimneste,
tutor de Aristóteles tras la muerte de sus padres.

Amintas: padre de Filipo, rey de Macedonia.



- Ílleo:** alumno de Platón, tutor de Aristóteles.
- Perdicas:** hermano mayor de Filipo,
rey de Macedonia tras la muerte de Amintas.
- Eufreo:** estudiante de Platón, tutor de Perdicas.
- Hefestión:** el acompañante más unido a Alejandro.
- Ptolomeo:** otro de los acompañantes de Alejandro.
- Lisímaco:** uno de los tutores de Alejandro.
- Pausanias:** oficial macedonio,
más tarde de la guardia personal de Filipo.
- Tycho:** esclavo de Aristóteles.
- Artabazos:** refugiado persa en la corte macedonia.
- Athea:** esclava de Aristóteles.
- Meda:** sexta esposa de Filipo.
- Pitia (la pequeña):** hija de Aristóteles y Pitia.
- Jenócrates:** filósofo, sucesor de Espeusipo
como director de la Academia.
- Eudoxo:** filósofo, director de la Academia
en ausencia de Platón.
- Calipo:** filósofo, compañero de Eudoxo.
- Nicanor:** hijo de Arimneste y de Pronexo.
- Platón:** filósofo, director de la Academia.
- Espeusipo:** sobrino de Platón,
director de la Academia tras la muerte de su tío.
- Herpilis:** doncella de Pitia,
compañera de Aristóteles tras la muerte de su mujer.
- Cleopatra:** séptima esposa de Filipo.
- Atalo:** padre de Cleopatra.
- Eurídice,** hija de Filipo y Cleopatra.
- Pixodaro:** sátrapa de Caria, posible suegro de Arrideo.
- Tesalo:** un actor.
- Nicómaco:** hijo de Aristóteles y Herpilis.





Debe tenerse en cuenta que mi deseo no es escribir historias, sino vidas. Y las hazañas más gloriosas no siempre nos proporcionan los mejores descubrimientos de virtudes o vicios en los hombres. A veces un asunto de menor trascendencia, una expresión o una broma, nos informa mejor de sus caracteres e inclinaciones que los asedios más famosos, los armamentos más grandiosos o las batallas más sangrientas que se hayan podido concebir.



Plutarco, *Alejandro*





1

La lluvia cae como cordones negros y azota a mis animales, a mis hombres, a mi esposa, Pitia, que anoche yacía con las piernas abiertas mientras yo tomaba notas junto a su sexo, y que ahora está derramando silenciosas lágrimas de agotamiento en este décimo día de nuestro viaje. En el barco parecía bastante cómoda, pero esta última etapa por tierra está más allá de todo lo experimentado hasta ahora, y se nota. Su yegua trastabilla; ella ha dejado que las riendas se soltaran de nuevo y ha permitido que el animal caminase sonámbulo. Cabalga de una forma extraña, agobiada por el peso de su ropa empapada. Antes sugerí que se metiera en uno de los carros, pero ella se ha resistido, algo que ocurre tan raramente que he sonreído; ella, avergonzada, ha apartado la vista. Calístenes, mi sobrino, se ha ofrecido a realizar a pie el último trecho, y con algunas dificultades hemos conseguido encaramarla a su enorme caballo zaino. Al coger las riendas por primera vez, el animal se ha movido debajo de ella.

—¿Estás bien firme? —le he preguntado, mientras a nuestro alrededor la caravana empezaba a moverse de nuevo.

—Por supuesto.

ANNABEL LYON

Conmover. A los hombres de donde yo vengo se les dan bien los caballos. Ahora volvemos allí, y ella lo sabe. Ayer me pasé el día entero en el carro para poder escribir, aunque ahora voy cabalgando a pelo, como mis compatriotas, una postura que le puede destrozar las pelotas a alguien que ha tenido durante tanto tiempo una vida sedentaria. Sin embargo, uno no se puede quedar en un carro mientras las mujeres cabalgan, y ahora se me ocurre que quizá ése era su propósito.

Al principio apenas me fijé en ella. Era una muchacha guapa, con los ojos vacuos. Estaba en los alrededores del zoo de Hermias. Hace ya cinco años. Atarneo estaba muy lejos de Atenas, al otro lado del gran mar, apretado contra el flanco del Imperio persa. Hija, sobrina, pupila, concubina..., la verdad se deslizaba entre los dedos, como la seda.

—Te gusta —dijo Hermias—, veo cómo la miras.

Era gordo, astuto, y se rumoreaba que había sido cambista en su juventud, más tarde carnicero y mercenario; ahora era eunuco, supuestamente, y rico. Y también político, mantenía tozudamente una satrapía contra los bárbaros: Hermias de Atarneo. «¡Traedme a mis pensadores! —solía gritar—. ¡Los grandes hombres se rodean de pensadores! ¡Yo quiero estar rodeado!» Y se reía y se daba palmadas mientras la joven Pitia miraba sin parpadear lo suficiente. Se convirtió en uno de sus regalos, uno entre muchos, porque yo era su favorito. En nuestra noche de bodas se cubrió con velos, adoptó una postura afectada en la cama y apartó las sábanas antes de que pudiera ver si había sangrado o no. Yo tenía entonces treinta y siete años; ella, quince. Y que los dioses me perdonen, pero fui a por ella como un venado en celo. Venado, cerdo.

—¿Eh? ¿Eh? —decía Hermias a la mañana siguiente, y reía.

Noche tras noche. Después intenté reconciliarme con ella amablemente. La traté con gran cortesía, le di dinero, me dirigí a ella con suavidad, le hablé de mi trabajo. No era idiota; los pensamientos parpadeaban en sus ojos

como los peces en estanques profundos. Pasamos tres años en Atarneo, hasta que los persas respiraron demasiado cerca y demasiado caliente. Dos años en la bonita ciudad de Mitilene, en la isla de Lesbos, donde habían empedrado el suelo del puerto para que los barcos enemigos no pudiesen anclar. Y ahora este viaje. Mientras tanto ella ha mostrado una dignidad intocable, incluso echada y con las rodillas separadas mientras yo investigo suavemente para mi obra sobre la generación. También estudio los peces, los animales del campo y las aves, cuando las puedo encontrar. Hay una semilla como de granada en el centro de los pliegues, y el agujero fruncido, como una ostra. A veces humedad, a veces sequedad. He observado todo eso.

—Tío.

Sigo el dedo de mi sobrino y veo la ciudad en la llanura pantanosa que tenemos debajo, mucho mayor de lo que la recordaba, y más extensa. La lluvia va clareando, ahora cae poco agua; estamos bajo un cielo repentinamente limpio de un gris dorado.

—Pella —anuncio, para animar a mi chorreante esposa de ojos apagados—. La capital de Macedonia. Ahí el templo, ahí el mercado, el palacio. Ya se distingue. ¿Es más grande de lo que imaginabas?

Ella no dice nada.

—Tendrás que acostumbrarte al dialecto. Es rápido, pero no demasiado distinto, en realidad. Un poco más duro.

—Me las arreglaré —dice ella, en voz baja.

Pongo mi caballo junto al suyo, me inclino para coger sus riendas y mantenerla cerca mientras hablo con ella. Es bueno que tenga que escuchar, que pensar. Calístenes viene andando junto a nosotros.

—El primer rey era de Argos. Un griego, aunque la gente no lo era. Enormes riquezas aquí: madera, trigo, cereales, caballos, ganado, ovejas, cabras, cobre, hierro, plata, oro. Prácticamente lo único que tenían que importar eran las olivas. Demasiado frío para las olivas aquí, tan al

ANNABEL LYON

norte; demasiado montañoso. Y ¿sabías que la mayor parte de la armada ateniense se ha construido con madera de Macedonia?

—¿Hemos traído olivas? —pregunta Pitia.

—Supongo que conoces tus guerras, ¿verdad, amor mío?

Ella coge las riendas y las pulsa como las cuerdas de una lira, pero yo no las suelto.

—Sí —responde, finalmente.

Absolutamente ignorante, por supuesto. Si yo tuviera que tejer todo el día, al menos tejería una escena o dos de batallas. Le recuerdo la conquista ateniense de Persia bajo el mando del gran general Pericles; Atenas estaba en su máximo esplendor marítimo, en los tiempos de mi tatarabuelo. Luego, las décadas de conflictos en el Peloponeso, Atenas sangrante y, al final, vencida por Esparta, con algo de músculo extra de los persas, en la juventud de mi padre; y la propia Esparta derrotada por Tebas, por entonces el poder en ascenso, en mi propia niñez.

—Te voy a encargar un trabajo. Me bordarás unas Termópilas. Lo colgaremos encima de la cama.

Ella sigue sin mirarme.

—Termópilas —insisto—. Por todos los dioses, mujer. El paso. El paso donde los espartanos contuvieron a los persas durante tres días, aunque disponían de una fuerza diez veces superior a la suya. Una gran hazaña en la historia de la guerra.

—Mucho rojo y rosa —sugiere Calístenes.

Ella me mira fijamente un momento. Yo interpreto: «No seas condescendiente». Y «continúa».

Ahora, le cuento, la joven Macedonia está en ascenso, bajo el mando del rey Filipo, que tiene cinco esposas. Un matrimonio para afianzar cada conquista y sellar cada victoria: Fila de Elimea, en el norte; Audata, la princesa iliria; Olimpia de Epiro, primera entre todas las esposas, la única que tiene el título de reina; Filinna de Tesalia; y Nikesipolis de Ferae, una belleza que murió en el parto.

También invadió Tracia, después de Tesalia, pero todavía no ha tomado ninguna esposa tracia. Busco en la biblioteca que tengo en el cráneo algún hecho interesante:

—A los tracios les gusta tatuar a sus mujeres.

—Mmm. —Calístenes cierra los ojos como si acabara de saborear algo muy gustoso.

Ahora vamos bajando por la ladera de la montaña, y nuestros caballos corren por el pedregal mientras descendemos hacia la fangosa llanura.

Pitia se remueve en la silla, estirando su ropa y alisándose las cejas, tocándose con las yemas de los dedos las comisuras de los labios, como preparación para entrar en la ciudad.

—Cariño. —Pongo mi mano en la suya para que deje de acicalarse y reclamar su atención. No le hago ni caso a mi sobrino. Una mujer tracia se lo comería vivo, tan tiernecito como es, y luego escupiría sus huesecillos—. Debes saber algo más. No tienen esclavos como nosotros, ni siquiera en palacio. Todo el mundo trabaja. Y no tienen tampoco sacerdotes. El rey cumple esa función para su pueblo. Empieza cada día haciendo sacrificios, y si alguien necesita hablar con un dios, lo hace a través de él. —Sacrilegio: a ella no le gusta. Lo leo en su cuerpo—. Pella no será como la corte de Hermias. Aquí las mujeres no forman parte de la vida pública.

—¿Qué significa eso?

Me encojo de hombros.

—Los hombres y las mujeres no asisten a entretenimientos juntos, ni comen juntos. Las mujeres de tu rango no se dejan ver. No salen.

—Hace demasiado frío para salir —dice Pitia—. Y de todos modos, ¿qué importa? A estas horas, la semana que viene, estaremos en Atenas.

—Eso es verdad. —Le he explicado que este rodeo es un simple favor para Hermias. Me necesitan en Pella sólo un día o dos, una semana como máximo. Lavarse, secarse, dar descanso a los animales, entregar el correo de Hermias,

ANNABEL LYON

partir—. Y además, no te gustarían las actividades públicas. —Las artes raramente se importan. Lo máximo es cazar jabalíes y beber—. Nunca has probado la cerveza, ¿verdad? Tendrás que probarla antes de que nos vayamos.

Ella me ignora.

—¡Cerveza! —exclama Calístenes—. Yo me beberé la tuya, tía.

—Recuerda —le digo al joven, que tiene tendencia a lanzar risitas cuando se emociona—, ahora somos diplomáticos.

La caravana recupera su ritmo, y la espalda de mi esposa se endereza. Seguimos.

A pesar de la lluvia y del barro en el que nos hundimos hasta el tobillo, mientras pasamos por las afueras de la ciudad vamos recogiendo todo un séquito, hombres y mujeres que salen de sus casas a mirar, y niños que corren detrás de nosotros, tirando de las pieles que cubren los abultados carros e intentando llevarse algún recuerdo. Se ven particularmente atraídos por el carro que lleva las jaulas (unos cuantos pájaros empapados y pequeños animales) a las que se acercan, y luego se retiran, chillando de placer y agitando las manos como si les hubieran mordisqueado. La mayoría son niños altos y bien formados. Mis hombres dan patadas sin alterarse a un grupo de pequeños mendigos para apartarlos, mientras mi sobrino, amistosamente, se vuelve los bolsillos para probar su pobreza. Pitia, velada, es la que atrae más miradas.

En el palacio, mi sobrino habla con el guardia. Nos dejan entrar. Cuando las puertas se cierran detrás de nosotros y empezamos a desmontar, observo a un chico (quizá de unos trece años) que merodea entre los carros. Con el pelo chafado por la lluvia, la piel rubicunda, los ojos muy grandes, como los de un ternero.

—Apártate de ahí —le digo, cuando el chico intenta ayudar con una de las jaulas, la de un camaleón. Más amablemente, cuando se vuelve a mirar, sorprendido, le suelto—: Te morderá.

El muchacho sonríe.

— A mí?

El camaleón huele a mierda y est  letárgico y peligrosamente pálido; espero que sobreviva hasta que pueda preparar una disección adecuada.

— Ves sus costillas? —le digo al chico—. No son como las nuestras. Se extienden hasta abajo del todo, y se unen en el vientre, como las de un pez. Las patas se flexionan en el sentido contrario a las piernas de un hombre.  Ves los dedos de los pies? Tiene cinco, como tú, pero con garras, como si fuera un ave de presa. Cuando est  sano, cambia de color.

—Quiero ver eso —dice el chico.

Juntos estudiamos al monstruo, con el ojo que nunca se cierra y el rabo enroscado como una correa.

—A veces se pone oscuro, casi como un cocodrilo —digo—. O con manchas, como un leopardo. Pero me temo que hoy no lo verás. Est  casi muerto.

Los ojos del chico escrutan los carros.

—Pájaros —dice.

Asiento.

— Tambi n se están muriendo?

Asiento.

— Y ahí qué hay?

El chico señala hacia un carro con una gran ánfora sujeta con unas maderas y piedras metidas a su alrededor para mantenerla enhiesta.

—Dame un palito.

De nuevo una mirada de asombro.

—Ahí. —Señalo al suelo, a pocos metros de distancia, y luego me doy la vuelta lentamente y quito la tapa de uno de los recipientes. Cuando me vuelvo, el chico sujeta en alto el palo. Lo cojo, lo meto en la jarra y doy un par de toques suaves.

—Huele —dice el chico, y en realidad, el olor de agua de mar, cremoso y rancio, se mezcla con el olor a estiércol de caballo en el patio.



ANNABEL LYON

Saco el palo. Cogido a su punta está un pequeño cangrejo.

—Sólo es un cangrejo.

—¿Tú sabes nadar? —pregunto.

Como el chico no me contesta, le describo la albufera donde solía ir a bucear, la luz del sol que brillaba y luego la inmersión. Este cangrejo, le explico, viene de allí. Recuerdo haber salido más allá del arrecife con los pescadores y ayudarlos con sus redes, para poder estudiar sus capturas. Allí también nadaba, donde el agua era más honda y más fría, y las corrientes eran como estrías de las rocas, y más de una vez tenían que rescatarme y llevarme, mientras tosía, a un barco. De vuelta a la costa, los pescadores encendían fogatas, hacían sus ofrendas y cocinaban lo que no habían podido vender. Una vez salí con ellos a capturar delfines. Con sus canoas de troncos rodeaban un grupo e iban golpeando el agua con los remos, haciendo mucho ruido. Los animales se iban ellos mismos hacia la playa, cuando intentaban huir. Yo salté de la canoa al llegar a la costa y fui chapoteando por los bajíos para reclamar uno para mí. A los pescadores les hacía gracia mi fascinación por las vísceras, que eran incomedibles y que, por lo tanto, para ellos, eran un desperdicio. Se maravillaban al ver mis dibujos de disecciones. Señalaban con incredulidad las aves, los ratones, las serpientes y los escarabajos, y se alegraban cuando reconocían un pez. Pero igual que el naranja se va atenuando hasta el azul en unos pocos momentos del crepúsculo, así en la mayoría de la gente la maravilla se diluye rápidamente para convertirse en horror. Una bonita metáfora para una lección dura que aprendí hace mucho tiempo. Los dibujos de mayor tamaño (vaca, oveja, cabra, ciervo, perro, gato, niño) los dejaba en casa.

Puedo imaginar la helada incomprensión de mis colegas en Atenas. La ciencia es el trabajo de la mente, dirán, y aquí estoy yo perdiendo el tiempo nadando y zampando.



—No podemos dilucidar las causas hasta que tengamos hechos —digo—. Se tiene que comprender eso por encima de todo. Debemos observar el mundo, ¿lo ves? De los hechos extraemos los principios, y no al revés.

—Dime más hechos —me pide el muchacho.

—Los pulpos ponen tantos huevos como las arañas venenosas. No hay sangre en el cerebro, y en cualquier otra parte del cuerpo la sangre sólo puede ser contenida por vasos sanguíneos. Los cachorros de oso nacen sin articulaciones, y sus madres deben lamerles los miembros para que adopten su forma. Algunos insectos son generados por el rocío, y algunos gusanos nacen espontáneamente en el estiércol. Hay un pasaje en tu cabeza desde el oído hasta el cielo de la boca. También tu tráquea entra en tu boca bastante cerca de la parte de atrás de los agujeros de la nariz. Por eso cuando bebes demasiado rápido, la bebida te sale por la nariz.

Guiño un ojo y el chico sonrío débilmente por primera vez.

—Creo que sabes más de algunas cosas que mi tutor. —El chico hace una pausa, como si esperase una respuesta a esa observación tan significativa.

—Posiblemente —digo.

—Mi tutor, Leónidas.

Me encojo de hombros, ya que el nombre no significa nada para mí. Espero que hable de nuevo, que me ayude o se convierta en un incordio, pero se va corriendo de vuelta a palacio: sólo un niño que corre bajo la lluvia.

Y aquí viene ya nuestro guía, un lacayo barrigón que nos conduce a unas habitaciones en palacio. Chorrea de sudor, aun bajo esta lluvia, y sonrío con satisfacción cuando le ofrezco una silla y agua. Creo que está moldeado con grasa pura. Dice que me conoce, que me recuerda de mi niñez. Quizá. Cuando bebe, su boca deja pequeñas migas en el borde interior de la copa, aunque no hemos comido.

—Ah, sí, te recuerdo —dice—. El chico del médico.



ANNABEL LYON

Muy serio, muy serio. ¿Ha cambiado? —Hace un guiño a Pitia, que no reacciona—. ¿Y ése es tu hijo?

Se refiere a Calístenes. Es el hijo de mi primo, explico, a quien llamo sobrino para simplificar; viaja conmigo como aprendiz.

Pitia y sus doncellas se retiran a una habitación interior; he enviado a mis esclavos a los establos. Somos demasiadas personas para las habitaciones que nos han asignado, y pasarán calor aquí. También estarán fuera de la vista. Aquí se conoce la esclavitud, pero no es común, y no quiero parecer ostentoso. Dan a un pequeño patio con una fuente parloteante y unos cuantos árboles en macetas, almendros e higueras. Mi sobrino se ha retirado al abrigo de una columnata, y está discutiendo algún asunto consigo mismo, con sus finas cejas fruncidas y oscurecidas como granos de nuez por lo intrincado de sus pensamientos. Espero que esté trabajando en la realidad de los números, un problema en el que últimamente estoy interesado.

—Has vuelto en un buen momento —dice el lacayo—. La guerra, ¡bah! —Se golpea con los gordos puños en el pecho y se ríe cuanto se puede—. ¿Has venido a ayudarnos a dirigir el mundo?

—Ya ocurrirá —afirmo—. Es nuestro momento.

El hombre gordo se ríe de nuevo, palmotea.

—Muy bien, hijo del médico —dice—. Eres muy listo. Di: «escupo a Atenas».

Escupo sólo para hacerle reír de nuevo, para desencadenar el temblor de su carne.

Cuando se ha ido, miro hacia el patio.

—Ve con él —dice Pitia, pasando junto a mí con sus doncellas, y enciende lámparas para evitar una oscuridad que va en aumento.

En otras ventanas veo luces, pequeños puntitos, y oigo las voces de hombres y mujeres que vuelven a sus habitaciones una vez cumplidos los deberes públicos, por la noche.



La vida palaciega es la misma en todas partes. Me sentí muy feliz de apartarme de ella durante un tiempo, aunque sé que Hermias se sintió decepcionado cuando le dejamos. Los hombres poderosos nunca quieren dejarte marchar.

—Estoy bien aquí —dice Pitia—. Ya iremos deshaciendo el equipaje. Vete.

—No se ha apartado de nosotros desde hace diez días. Tal vez quiere descansar un poco.

Viene un soldado a decirme que el rey me recibirá mañana por la mañana. Luego llega un paje con bandejas de comida: fruta fresca y seca, pescado menudo y vino.

—Come —me dice Pitia. Ha pasado algún tiempo, no estoy seguro de cuánto. Estoy en una silla, envuelto en una manta, y ella está colocando a mis pies una bandeja negra y una copa—. Ya sabes que comer te ayuda.

Estoy sollozando: es por algo de Calístenes, de la caída de la noche, y el angustioso caos de nuestras vidas en este momento exacto. Ella me seca la cara con la manga de su vestido, uno verde que me gusta mucho. Ha tenido tiempo para cambiarse y ponerse algo seco. Las cosas húmedas están tendidas y colgadas por todas partes; estoy en la única silla que no ha sido ocupada.

—Es tan joven —dice ella—. Quiere echar un vistazo a la ciudad, eso es todo. Volverá.

—Ya lo sé.

—Entonces come.

Le dejo que me ponga un trocito de pescado en la boca. Aceite, un punto de sal. Me doy cuenta de que tengo hambre.

—¿Lo ves? —me pregunta.

No hay nombre alguno para esta enfermedad, ni diagnóstico, ni tratamiento mencionado en los libros médicos de mi padre. Podrías estar de pie a mi lado y no adivinar nunca mis síntomas. Metáfora: me afligen los colores, gris, rojo intenso, negro intenso, oro. No siempre veo cómo seguir adelante, cómo vivir con una dolencia que no puedo explicar y que no sé curar.

ANNABEL LYON

Dejo que ella me lleve a la cama. Me echo entre las sábanas que ha calentado con piedras del hogar, oigo el ruido, como de olas, que hace al desnudarse.

—Hoy me has cuidado —le digo. Tengo los ojos cerrados, pero aun así noto que se encoge de hombros—. Haciéndome cabalgar. No querías que se rieran de mí.

Llamas rojas aletean detrás de mis párpados cerrados; ella ha traído una vela a la cabecera de la cama.

—Esta noche no —le digo.

Antes de que nos casáramos, le hice muchos regalos buenos: ovejas, joyas, perfumes, cerámica, ropa excelente. Le enseñé a leer y a escribir porque estaba enamorado y quería darle algo que ningún amante hubiera pensado en darle antes.

A la mañana siguiente veo la nota que ha dejado para mí, ese roce de ratones que me pareció oír al deslizarme en el sueño: «caliente, seco».

24

Mi sobrino todavía está despatarrado en su cama cuando paso por su habitación de camino hacia mi audiencia. Está borracho y ha follado: tiene la cara rojiza y sudorosa, duerme profundamente, huele a flores desagradablemente dulces. Todos tomaremos un baño, más tarde. Otro día gris, con algo mordiente en el aire y con la lluvia a punto de caer. Nadie diría que es primavera. Mi humor es delicado, pero soportable; voy andando por el borde de un acantilado, pero, por el momento, me mantengo erguido. Quizá baje solo a la ciudad, más tarde, para rebañar un recuerdo, algo extraído de lo más profundo de la mente.

El palacio parece haberse reorganizado durante mi larga ausencia, como una serpiente que arreglase su cuerpo enroscado. Reconozco todas las puertas y las salas, pero no su orden. Buscando el salón del trono, entro sin querer en el teatro interior.

—¡Perra! —grita alguien—. ¡Perra!

Me cuesta un poco darme cuenta de que me están chillando a mí.

—¡Fuera!

Mis ojos se acostumbran a la oscuridad ahumada. Distingo unas cuantas figuras en el escenario, y un hombre muy furioso que sube hacia mí por entre las filas de asientos de piedra. Un mechón de pelo blanco encima de una cara hermosa, grande. Unos ojos asesinos.

—¡Fuera!

Le pregunto qué obra están preparando.

—Estoy trabajando. —Una vena late junto a sus ojos. Ya está junto a mí, me echa el aliento en la cara. Está furioso, es un asesino.

Me disculpo.

—Me he perdido. ¿El salón del trono...?

—Yo le llevaré.

Miro hacia abajo, al niño que aparece repentinamente a mi lado. Es el mismo de la puerta, el que fingí no reconocer.

El director se da la vuelta y mira hacia abajo desde su sitio.

—A vuestros puestos —ladra.

—Están interpretando *Las bacantes* —interviene el chico—. A todos nos encantan *Las bacantes*.

De vuelta en el vestíbulo, levanta la mano y aparece un soldado. El chico vuelve al teatro antes de que pueda darle las gracias. El hombre me conduce a través de otro patio y otra antesala con un elaborado suelo de mosaico, una caza del león representada con guijarros de tonos sutiles. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí. La roja mandíbula abierta del león ahora es rosa; el azul intenso de la mirada aterrorizada del cazador se ha quedado desvaído hasta un color azul pálido. Me pregunto adónde fueron todos los colores, si se los llevó el roce de las suelas de miles de zapatos y se esparcieron por todo el reino. Un guardia mantiene abierta una cortina a un lado, para que pase.



ANNABEL LYON

—Vaya tipejo más elegante —dice el rey—. Has pasado demasiado tiempo en Oriente. Mírame, hombre.

Nos abrazamos. De niños jugamos juntos, cuando el padre de Filipo era rey, y el mío era su físico. Yo era más alto, pero Filipo era más duro: sigue siendo igual. Soy consciente de la ropa fina y ligera que me he puesto para la reunión, de mi moderno peinado (llevo el pelo corto), de los dedos suavemente separados por los anillos. La barba de Filipo es basta, tiene las uñas sucias y viste ropa tejida en casa. Parece lo que es: un soldado aburrido en ese gran salón del trono de mármol.

—El ojo.

Filipo ríe una sola vez, una sola carcajada, y me permite examinar el pálido riachuelo de una cicatriz que le atraviesa la ceja izquierda, el párpado permanentemente cerrado. Ahora somos nuestros padres.

—Una flecha —dice Filipo—. Una picadura de abeja, con los problemas que tengo.

26

En torno a nosotros, los cortesanos se ríen. Bárbaros, supuestamente, pero yo sólo veo a hombres de mi propia altura y constitución. El pequeño Filipo es una anomalía. Ahora lleva una barba corta, pero tiene los labios tan gruesos como recordaba, la frente amplia y la nariz y las mejillas rojas típicas de un bebedor. Un idiota bastante simpático que ha pasado directamente de la niñez a la mediana edad.

Dejé el relato que le hice a Pitia con la invasión de Tracia por parte de Filipo. Desde allí, se dirigió a Calcídica, mi tierra natal, un puño de tierra con tres dedos introducido en el Egeo. Una de las primeras víctimas fue el pueblo donde nací. Nuestra caravana pasó por allí hace tres días; un rodeo importante, pero tenía que verlo. La pequeña Estagira, colgada entre la ladera de dos colinas frente al mar. La muralla occidental eran simples cascos, las torres de guardia también. La casa de mi padre, ahora mía, estaba quemada; el jardín, destrozado, aunque los árboles parecían estar bien. Las barcas de pesca



que bordeaban la costa, quemadas. Las piedras del pavimento fueron arrancadas de las calles, y la población, hombres y mujeres a los que conocía desde la niñez, dispersados. La destrucción databa de hacía cinco años. Las noticias me llegaron justo antes de abandonar Atenas y la Academia para dirigirme a la corte de Hermias, pero no había podido enfrentarme a aquello hasta ahora. Las malas hierbas habían tendido su encaje verde por encima de los umbrales, los pájaros anidaban en las habitaciones vacías, y no olía a cadáver. Los sonidos: mar y gaviotas, gaviotas y mar.

—¿Ha sido fácil el viaje? —me pregunta Filipo.

Los macedonios se enorgullecen de hablar con libertad a su rey. Recuerdo que jugamos juntos de niños, y cojo aire. No, no ha sido fácil el viaje, le digo. No ha sido fácil ver ultrajadas las tierras de mi padre. No ha sido fácil imaginar desterrados a los actores de mi niñez. No ha sido fácil que los recuerdos de mi primera niñez hayan sido salpicados con la orina de su ejército.

—Una política muy mala —le digo—, la de destruir tu propia tierra y aterrorizar a tu propio pueblo...

Él no sonríe, pero tampoco se muestra enfadado.

—Tuve que hacerlo. La Liga Calcídica tenía a Atenas detrás, o la habría tenido, si hubiese esperado más tiempo. Fortificaciones buenas y prósperas, un buen punto de arranque, si se quiere atacar Pella. Tuve que cerrar esa puerta. Y me vas a decir que ahora estamos en paz con Atenas. Sí, estamos juntos en el Consejo Amfictiónico, los mejores amigos del mundo. Nada me gustaría más, créeme. Me gustaría pensar que no están formando una coalición contra mí ahora mismo, mientras hablamos. Me gustaría pensar que son capaces de saber cuál es su sitio. Razonablemente, de un hombre razonable a otro, ¿crees que volverán a gobernar el mundo? ¿Lo hicieron en realidad alguna vez? ¿Están escondiendo a algún Pericles por ahí? ¿Tomarán Persia de nuevo? ¿Es razonable?

Ah, una de mis palabras favoritas.

ANNABEL LYON

—No, razonable no.

—Hablando de Persia, creo que tienes algo para mí.

La propuesta de Hermias. Se la entrego a Filipo, que se la tiende a un ayudante, que a su vez se la lleva.

—Persia —dice Filipo—. Podría tomar Persia si tuviera un poco de paz y tranquilidad a mi espalda.

Esto me sorprende; no la ambición, sino la confianza.

—¿Tienes una armada?

La Macedonia de mi niñez poseía veinte buques de guerra, contra los trescientos cincuenta de Atenas.

—Atenas tiene mi armada.

—Ah.

—No se puede ser más bueno de lo que fui yo —dice Filipo—. Bueno, o complaciente o comprensivo. Siempre les he dejado que se librasen fácilmente, he liberado prisioneros, he devuelto territorio. Demóstenes podría elaborar un par de discursos sobre eso.

Demóstenes: el orador ateniense que pronuncia discursos venenosos y estruendosos contra Filipo en la asamblea ateniense. Le vi una vez en la plaza del mercado, cuando era estudiante. Compraba vino y charlaba.

—¿Qué opinas de él? —me pregunta Filipo.

—Bilioso, colérico —le diagnostico—. Menos vino, más leche y queso. Evitar las situaciones estresantes y el tiempo cálido. Masticar bien cada bocado de comida. Retirarse de la vida pública. Paños fríos en la frente.

Filipo no se ríe. Inclina la cabeza a un lado, mirándome, como si decidiera algo. Me pone nervioso.

—¿Se está moviendo el ejército? —pregunto—. Vi los preparativos cuando llegamos. Tesalia de nuevo, ¿no?

—Tesalia de nuevo, luego Tracia otra vez —dice abruptamente—. ¿Te has traído a la familia?

—Mi mujer y mi sobrino.

—¿Buena salud?

Le doy las gracias por su interés y le devuelvo la pregunta, ritualmente. Filipo empieza a hablar de sus hijos. El uno es un campeón, devoto, genio, estrella. El otro...

—Sí, sí —dice Filipo—. Tendrás que echarle un vistazo al mayor.

Asiento.

—Fíjate cómo vas —repite, completamente perplejo—. Vistes como una mujer.

—He estado fuera.

—Son veinte años.

—Veinticinco. Cuando me fui tenía diecisiete.

—Vaya tipejo —suelta otra vez—. ¿Adónde vas ahora?

—A Atenas, a enseñar. Ya sé, ya sé. Pero la Academia todavía rige unos cuantos mundos pequeños: la ética, la metafísica, la astronomía. En mi trabajo hay que ir donde están las mejores mentes, si quieres dejar tu huella.

Se levanta y sus cortesanos hacen lo propio en torno a él.

—Cazaremos juntos antes de que me vaya.

—Será un honor.

—Y le echarás un vistazo a mi hijo —dice otra vez—. A ver si tienes algo de arte.

Un cuidador me deja entrar en la habitación de su hijo mayor. Es alto, pero su dolencia hace que resulte difícil adivinar su edad. Anda con dificultades, paralizado como si fuera un viejo, y sus ojos se mueven vagamente de un objeto a otro de la habitación. Mientras el cuidador y yo hablamos, se lleva los dedos repetidamente a la boca y se pellizca el labio inferior. Sentado o de pie, volviéndose a un lado u otro torpemente, como le indican, parece bastante amable, pero está claro que es un idiota. Su habitación está decorada como para un niño mucho más joven, con pelotas y juguetes y animales tallados tirados por el suelo. El olor es intenso, es un almizcle animal.

—Arrideo —balbucea orgulloso, cuando le pregunto su nombre.

Tengo que preguntárselo dos veces; el cuidador me advierte de que el chico es duro de oído.

A pesar de la máscara de la estupidez, veo al rey su pa-

ANNABEL LYON

dre en él, en la anchura de sus hombros y en la risa franca cuando algo le complace, cuando aspiro aire con fuerza o abro la boca todo lo que puedo para enseñarle al chico lo que quiero que haga. El cuidador dice que tiene dieciséis años, y que había sido un niño completamente sano, guapo y adorado, hasta los cinco. Cayó enfermo, dice el cuidador, y toda la casa se puso de duelo, pensando que quizá no sobreviviera a la fiebre, los dolores de cabeza, la extraña rigidez del cuello, los vómitos, y finalmente los ataques y el ominoso letargo. Pero quizá lo que ocurrió fue mucho peor.

—No es peor. —Estudio la nariz y los oídos del chico, la extensión de sus miembros y pruebo los suaves músculos contra los míos propios—. No es peor.

Aunque en privado me maravillo por la variación en la belleza y el orden del mundo, este muchacho me produce un escalofrío de horror.

—Toma esto. —Le tiendo a Arrideo una tablilla de cera—. ¿Me puedes dibujar un triángulo?

30

Pero él no sabe ni coger el estilo. Cuando se lo enseño, gorjea encantado y empieza a dibujar unas líneas onduladas. Cuando le dibujo un triángulo, se ríe. Inevitablemente pienso en mis propios maestros de la escuela, con sus modernas teorías sobre el funcionamiento de la mente. «Siempre ha habido auténticos pensamientos en él..., que sólo hay que despertar al conocimiento haciéndole preguntas...»

—No está acostumbrado —digo—. La mente, el cuerpo. Le haré hacer ejercicios. ¿Eres su acompañante?

El cuidador asiente.

—Llévalo al gimnasio contigo. Enséñale a tirar y coger una pelota. Que el masajista trabaje en sus músculos, especialmente las piernas. ¿Sabes leer?

El cuidador asiente de nuevo.

—Enséñale las letras. Primero en voz alta, y luego que las escriba con el dedo en la arena. Será más fácil para él que con el estilo, al menos al principio. Con mucha dulzura.

—Alfa, beta, gama —dice el niño, sonriendo.

—¡Bien! —Le desordena el pelo—. Muy bien, Arrideo.

—Durante un tiempo mi padre enseñó a los dos niños —interviene el cuidador—. Yo era su acompañante. El joven es muy inteligente. Arrideo le imita como un lorito. No significa nada.

—Delta —digo, sin hacer caso de las palabras del cuidador.

—Delta —responde Arrideo.

—Quiero verle cada mañana hasta que me vaya. Te daré instrucciones mientras tanto.

El cuidador tiende la mano y Arrideo la toma. Se levantan para irse. De repente, el rostro de Arrideo se enciende y empieza a aplaudir mientras el cuidador se inclina. Me vuelvo. En la puerta está de pie una mujer de mi misma edad, con un vestido sencillo gris. Lleva el pelo rojo elaboradamente peinado con grandes bucles y rizos, algo que cuesta horas de hacer, sujeto con gemas y ámbar. Tiene la piel seca y pecosa. Sus ojos son de un castaño claro.

—¿Te lo ha dicho? —me pregunta—. ¿Te ha dicho mi marido que yo envenené a este pobre niño?

El cuidador se ha quedado quieto como si fuera de piedra. La mujer y Arrideo se pasan los brazos por la cintura, y ella le besa afectuosamente la coronilla.

—Olimpia envenenó a Arrideo —canturrea ella—. Es lo que dicen todos. Celosa del hijo mayor de su marido. Decidida a asegurar el trono para su propio hijo. ¿No es eso lo que dicen? —Arrideo se ríe, está claro que no entiende nada—. ¿Verdad? —le pregunta al cuidador.

La boca del joven se abre y se cierra, como la de un pez.

—Puedes dejarnos —interviene ella—. Sí, muñeco —añade, cuando Arrideo insiste en darle un abrazo. Luego corre detrás de su cuidador.

—Perdóname —digo, cuando ambos se han ido—. No te he reconocido.

ANNABEL LYON

—Pero yo sí te conocía. Filipo me lo ha contado todo de ti. ¿Puedes ayudar al chico?

Repito lo que le acabo de decirle al cuidador, lo de desarrollar las facultades existentes del chico, en lugar de buscar una curación.

—Tu padre era físico, ¿verdad? Pero tú no, según creo.

—Tengo muchos intereses —digo—. Demasiados, me han dicho. Mis conocimientos no son tan profundos como eran los suyos, pero tengo cierto don para ver las cosas en su conjunto. Ese chico podría ser mejor de lo que es.

—Ese chico pertenece a Dionisio. —Se toca el corazón—. Para él hay algo más que la razón. Siento un enorme afecto por él, a pesar de lo que hayas oído por ahí. Cualquier cosa que puedas hacer por él, me lo tomaré como un favor personal.

Su voz suena falsa, con esa sonoridad de tono bajo, esa formalidad de las frases, ese tufillo a sexo tan estudiado. ¿Más que la razón? Ella hace surgir un hervor de irritación en mí, caliente y oscuro, y no del todo desagradable.

—Cualquier cosa que pueda hacer por ti, la haré —me oigo decir a mí mismo.

Cuando ella se va, vuelvo a mis habitaciones. Pitia está dando instrucciones a sus doncellas en la lavandería.

—Con suavidad, esta vez —está diciendo. Su voz suena débil, tensa y chillona, algo enfurruñada. Ellas se inclinan y salen con las cestas entre ellas—. Calístenes ha encontrado a un criado para que les enseñe dónde está el río. Volverán a golpear mi ropa con piedras, ya lo verás, y dirán que la han confundido con la ropa de cama. En casa nunca se habrían atrevido a nada semejante.

—Tendrás ropa nueva en cuanto nos hayamos instalado. Sólo un día o dos más aquí. Fíjate, estás haciendo esfuerzos por no sonreír. No puedes esperar.

—Puedo esperar un poco más —afirma, intentando apartar mis manos.

La llamé guapa; antes, quizá. Ahora su pelo cuelga liso y lacio, y sus cejas, tras diez días sin depilar, han empeza-

do a desarrollar pelos sueltos como patas de insectos. Los labios (más fino el de arriba, más grueso el de abajo, con dos mordeduras de grietas por el frío y la humedad) querria besarlos, pero más bien por pena. La atraigo hacia mí para notar su dureza verde, sus huesudas caderas y sus pechos como pequeñas manzanas. Le pregunto si le gustaría tomar un baño, y sus ojos se cierran largo rato. Soy un idiota ordinario y al mismo tiempo la respuesta a su plegaria más ferviente.

Cuando volvemos de los baños (que, para mi gran satisfacción, la asombran: las tuberías para el agua caliente y fría, colgadores calientes con toallas tibias, el grifo en forma de boca de león, la bañera de mármol, las piedras y esponjas, los peines, aceites, limas, espejos, aromas...; la llevaré allí cada día mientras nos quedemos), Calístenes se ha levantado y se está comiendo los restos de la cena de anoche. Pitia se retira a las salas más interiores, con sus doncellas y su costura. El chico parece avergonzado, pero también encantado consigo mismo. El sonriente Calístenes, con sus rizos y sus pecas. Tiene una naturaleza dulce y una mente ágil, y establece conexiones que otros no son capaces de hacer, pasando de la ética a la metafísica, de la geometría a la política o la poética como una abeja que picotea de flor en flor, esparciendo el polen. Yo le he enseñado esto. Puede ser también perezoso, sin embargo, como una abeja que ha tomado demasiado sol. Me preocupo por él en ambos extremos del péndulo: que me abandone alguna vez, que no lo haga nunca.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunto—. ¿Vas a salir otra vez esta noche? —Los celos pellizcan mis frases, pero no puedo evitarlo. El péndulo se inclina mucho hacia la izquierda hoy.

—Ven conmigo.

Le digo que tengo trabajo y él gruñe.

—Ven conmigo —insiste—. Serás mi guía.

—Puedo ser tu guía aquí —le respondo.

—Me pareció ver asomarse al número tres, anoche, en



ANNABEL LYON

el puesto de flores del mercado —dice—. Estaba escondido detrás de un ramito de azahar.

—Es conocido por su timidez, el número tres —digo.

—¿Es mayor Pella de lo que recordabas?

—No recuerdo nada —contesto, y es cierto—. La ciudad probablemente ha triplicado su tamaño. Esta mañana me he perdido intentando encontrar los baños, aquí mismo, en palacio.

—¿No te gustaría ver la antigua casa de tu padre?

—Creo que ahora forma parte de la guarnición. ¿Quieres que te enseñe el camino de los baños, ahora que ya lo conozco? Podemos trabajar después. De todos modos, aún tienes dolor de cabeza.

—Dolor de cabeza —me confirma Calístenes—. Mal vino. Malo todo, en realidad. O más que malo, vulgar. ¿Has visto las casas? Son grandes. Y chillonas. Como los mosaicos que hay por todas partes. La forma que tienen de hablar, de comer, la música, el baile, las mujeres, parece que hay dinero por todas partes y que no saben qué hacer con él.

—No recuerdo que fuese así. Me acuerdo del frío y de la nieve. Apuesto a que nunca has visto nieve. Recuerdo lo dura que era la gente. El mejor cordero, cordero de la montaña.

—Vi algo anoche —dice Calístenes—. Vi a un hombre matar a otro mientras tomaban una copa. Le sujetó por el hombro y le golpeó en la garganta una y otra vez hasta que el otro empezó a sangrar por los oídos, la boca y los ojos, lloraba sangre, y luego murió. Todo el mundo se reía. Se reían, se reían todos. Hombres, chicos. ¿Qué tipo de gente es ésta?

—Dímelo tú.

—Animales —afirma Calístenes. Me mira a los ojos, no sonrío. Una rara pasión para una criatura tan afable.

—¿Y qué separa a los hombres de los animales?

—La razón. El trabajo. La vida del espíritu.

—¿Volverás a salir esta noche? —pregunto.



Y

A la mañana siguiente visito a Arrideo en su habitación. Tiene la cara manchada de lágrimas y mocos; su cuidador mira por una ventana y finge que no me ha oído entrar. El chico sonríe, dulce y frágil, cuando me ve. Le deseo buenos días y él dice: «uh».

—¿Algún progreso? —pregunto al cuidador.

—¿En un día?

Cojo un manto que está colgado en el respaldo de una silla y se lo pongo al chico por encima de los hombros.

—¿Dónde está tu calzado?

Ahora el cuidador nos mira. Es un miserable remilgado y aprovecha la ocasión.

—No puede andar demasiado lejos —dice—. No tiene calzado de invierno, sólo sandalias. Nunca sale fuera, en realidad.

—Entonces tendrás que prestarle el tuyo —le digo.

El otro levanta las cejas.

—¿Y yo qué llevo?

—Puedes ponerte las sandalias de Arrideo, porque no vienes.

—Estoy obligado a acompañarle a todas partes.

No sé muy bien si está enfadado conmigo o asustado por temor a perder su empleo. Mira a Arrideo y automáticamente le aparta el pelo de la frente. El chico se encoge al sentir su contacto. Así que ese tipo de mañanas han tenido.

—Dame tu maldito calzado —le suelto.

Arrideo quiere cogerme de la mano mientras andamos.

—No, Arrideo —le digo—. Los niños se cogen de la mano. Los hombres caminan solos, ¿lo ves?

Llora un poquito, pero se detiene en cuanto ve adónde le estoy llevando. Farfulla algo que no entiendo.

—Sí, muy bien. Vamos a dar una vuelta por la ciudad, ¿verdad?

ANNABEL LYON

Se ríe y lo señala todo: los soldados, la puerta, el remolino gris en el cielo. Los soldados le miran curiosos, pero nadie nos detiene. Me pregunto cada cuánto tiempo saldrá de su habitación, y si ellos saben siquiera quién es.

—¿Cuál es el sitio al que prefieres ir?

No me entiende. Pero cuando ve un caballo, un gran semental que está atravesando la puerta, palmorea y farfulla un poco más.

—¿Caballos? ¿Te gustan los caballos?

A través de la puerta he captado un atisbo de la ciudad: gente, caballos, las monstruosas casas que tanto han ofendido a mi sobrino... Me doy cuenta de que mi corazón no está todavía listo para todo eso, de modo que me contento con acompañarle a los establos. En medio de una larga hilera de compartimentos encuentro a nuestros animales: *Pizca*, *Brea*, *Dama*, *Gema* y los demás. Arrideo está muy emocionado. Cuando tropieza conmigo me pregunto si el olor indica que se ha meado encima. Los caballos le miran de reojo y sólo el enorme y negro *Brea* se interesa por nosotros, levantando la cabeza cuando me reconoce. Se acerca tranquilamente para recibir algo de afecto. Le enseño a Arrideo cómo ofrecerle una zanahoria con la mano abierta, pero cuando el caballo le toca él chilla y se aparta. Le cojo la mano y la vuelvo a guiar, haciendo que acaricie la mancha que *Brea* tiene en la frente. Él quiere usar los nudillos, y cuando la miro de cerca veo que su palma está marcada con llagas abiertas, una especie de sarpullido. Tendré que encontrar algún ungüento.

—¿Sabes cabalgar? —le pregunto.

—No, señor —responde alguien. Es un mozo de cuadra que está limpiando la paja—. El otro lo trae aquí a veces y le deja que se siente en un rincón. Se queda así sentado y quieto durante horas. No tiene equilibrio para cabalgar, creo. No le iría bien caerse de cabeza, ¿verdad?

Llevo a *Brea* afuera, al patio, y lo ensillo. Llueve otra vez. Sujeto el pie de Arrideo en mis manos juntas y él se queda clavado. Ha dejado de reír al fin, y me mira bus-

cando ayuda. Intento darle un empujón hacia arriba, pero es demasiado débil para alzarse solo hasta el lomo del caballo. Salta un poco con un pie y el otro levantado en el aire, lo que me da una visión de su entrepierna húmeda.

—Aquí —dice el mozo, y trae un barril rodando para que el chico se suba.

Entre los dos conseguimos subirlo al caballo y le persuadimos para que eche una pierna por encima del lomo del animal.

—Ahora, abrázalo —dice el mozo, y se inclina hacia delante con los brazos curvados en torno a una montura imaginaria.

Arrideo se derrumba ansioso sobre el lomo de *Tar* y lo abraza bien fuerte. Intento que vuelva a incorporarse y se quede sentado, pero el mozo dice:

—No, no. Deja que el animal camine un poco y que se acostumbre al movimiento.

Conduzco a *Brea* lentamente por el patio, mientras Arrideo se agarra a él con todo el cuerpo, con la cara enterrada en su crin. El mozo observa.

—¿Es un buen caballo? —le pregunta a Arrideo.

El chico sonríe, con los ojos cerrados. Está encantado.

—Fíjate, mira —dice el mozo—. Pobre descerebrado. ¿Se ha meado encima?

Yo asiento.

—Así, vamos.

Conduce de nuevo a *Brea* hacia el barril y ayuda a Arrideo a bajar. Yo esperaba que el chico se resistiera, pero parece demasiado conmocionado para hacer otra cosa que lo que se le ordena.

—¿Te gustaría volver aquí? —le pregunto—. ¿Aprender a cabalgar bien, como un hombre? —Él palmorea—. ¿Cuándo molestaremos menos? —pregunto al mozo.

Él hace un gesto desdeñando la pregunta. Sus ojos negros son brillantes y curiosos, y miran a *Brea*, luego a Arrideo.

ANNABEL LYON

—No te conozco —dice, sin mirarme directamente. Da unas palmadas afectuosas a *Brea* en el cuello.

—Soy el físico del príncipe. —Pongo una mano en el hombro de Arrideo—. Y su tutor. Durante unos días, solamente.

El mozo de cuadra se ríe, pero de un modo que no me desagrada.

Eurípides escribió *Las bacantes* al final de su vida. Dejó Atenas disgustado por el fracaso de sus obras en los concursos, eso dice la historia, y aceptó una invitación del rey Arquelao para venir a Pella y trabajar ante un público más favorable (y menos exigente). Murió aquel invierno, de frío.

Trama: furioso al ver que la casa real tebana le niega la divinidad, Dionisio decide vengarse en el mojigato y joven rey Penteo. Penteo hace encarcelar a Dionisio. El dios, a su vez, le ofrece espiar las fiestas de sus seguidoras, las bacantes. Penteo, fascinado y repelido a la vez por el comportamiento brutal de esas mujeres, accede a disfrazarse como si fuera una de ellas e infiltrarse en sus fiestas, en el monte Citerón. El disfraz no consigue engañarlas y Penteo acaba desgarrado a trozos por las bacantes, entre las que se encuentra su propia madre, Agave. Ella vuelve a Tebas con su cabeza, creyendo que ha matado a un león de montaña. Se va recuperando poco a poco de su estado de posesión y entonces se da cuenta de lo que ha hecho. La familia real acaba destruida, muerta o exiliada por el dios. La obra obtuvo el primer premio de la competición de Atenas al año siguiente, después de la muerte de Eurípides.

A todos nos encanta *Las bacantes*.

Los actores se apiñan en el proscenio, excepto el hombre que representa al dios, que se pone de pie encima de una caja de manzanas para poder mirar a los mortales desde arriba. No es muy alto. Para la actuación podrían

vestirle con una túnica larga que escondiese la caja. Sería una buena idea.

—Penteo, hijo mío..., mi niño... —dice el actor que representa a Agave—. Yaciste en mis brazos a menudo, tan indefenso, y ahora de nuevo necesitas mis amantes cuidados. Mi querido, dulce niño... Yo te he matado... ¡No! ¡No puedo decir eso, yo no estaba allí! —exclama el actor—. Yo estaba... en otro lugar. Fue Dionisio. Dionisio me tomó, Dionisio me usó, y Dionisio fue quien te mató.

—No —replica el actor que representa al dios—. Aceptad la culpa, acusaos a vosotros mismos.

—Dionisio, escúchanos —dice Kadmos, el actor que representa al padre de Agave—. Nos hemos equivocado.

Al cabo de un momento de duda, el director dice:

—Ahora lo entendéis.

—Ahora lo entendéis, pero es demasiado tarde. Cuando debisteis ver, estabais ciegos —declama el actor que representa al dios.

—Eso ya lo sabemos. Pero tú eres como una marea que nos revuelca y nos ahoga.

—Porque nací con dominio sobre vosotros, y vosotros me desposeísteis. Y yo no...

El director interrumpe:

—¡Kadmos!

—Entonces no deberías ser como nosotros, tus súbditos. No deberías tener pasiones —dice reprobadoramente el anciano desde el fondo del escenario.

—Y no las tengo —repite el actor, y como nadie le interrumpe, continúa—: Pero éstas son las leyes, las... leyes de la vida. No puedo cambiarlas.

—Las leyes de la vida —dice el director.

—Las leyes de la vida —repite el actor.

—Está decidido, padre —interviene el actor que representa a la mujer, Agave—. Debemos ir y llevarnos nuestra pena con nosotros.

Hay algún manejo con una sábana de tela, que permite al actor que representa a Dionisio escabullirse fuera del

ANNABEL LYON

escenario sin que le vea el público, dejando la caja. Yo cambio mi idea a unos zancos.

El actor que representa a Agave respira hondamente sin decir nada, y el director suelta:

—Ayúdame. Llévame con mis hermanas. Ellas compartirán mi exilio y los años de sufrimiento. Llévame donde no pueda ver el monte Citerón, donde las ramas envueltas en hiedra no puedan recordarme lo que ha ocurrido. Que otras sean poseídas. Yo me he marchitado. Podéis follarme, pero ya me he marchitado.

Después, tomando vino entre bastidores, el director menea la cabeza y dice:

—Aficionados...

—Aquí no conseguirás profesionales —le digo.

Carolo es ateniense. Tiene una nariz enrojecida y alegre de bebedor y una forma ronca y autoritaria de manejar el mundo. El actor que interpretaba el papel de mujer, Agave, en una mesa mucho más animada en otro rincón de la sala, es como una yegua castaña y zanquilarga.

—Al menos ése hace bien el papel —digo.

—Sí, es verdad —afirma Carolo—. Quizás haya sido ése mi error.

En la mesa del actor trastean alegremente con las sillas para hacerme sitio, aunque yo me niego a sentarme. Todavía llevan los trajes de la obra y se divierten vorazmente.

—Cada vez mejor —digo.

He asistido a los ensayos desde que di con ellos, el día que llegamos. Cuando volví aquel día, más tarde, para disculparme con Carolo por la interrupción, él también se disculpó conmigo. Sufría de dolores de cabeza e insomnio, y su reparto estaba formado por gente de allí, la mayoría payasos y juglares, acróbatas y un par de músicos.

—Cuando pienso que Eurípides pudiera ver esto, me muero —me dijo—. Me muero una y otra vez.

Cuando descubrió que yo conocía la obra, que ya la había visto en Atenas en mis días de estudiante, comparamos las notas y me di cuenta de que era su propio Dionis-

sio el que había visto. Entonces él era bastante joven todavía para encargarse del papel: con el pelo oscuro, en lugar de blanco, y la voz penetrante e intensa. El chico que ha conseguido ahora para el papel es bastante guapo, pero duro de mollera y extrañamente remilgado. Hay que enseñarle a andar como un gallito, y no como una gallina. El envejecido Kadmos, cuya profesión es la de payaso, se considera un profesional, aunque nunca ha hecho tragedia, y se tiene también por el portavoz de los actores. Lleva sus quejas a Caroló y se las transmite con largas parrafadas, encantado con su propia dicción. Agave queda bien con peluca, pero suelta risitas tontas y camina con afectación y se olvida de su texto. Penteo falta a menudo a los ensayos, sin explicación. Hoy, por ejemplo, no está.

Los actores se entretienen con un juego de bebida, arrojándose la bola de trapos que han usado como cabeza de Penteo entre ellos; quien la deje caer tiene que ponerse de pie y vaciar su copa mientras los demás se burlan y le abuchean. Me uno a Caroló. Me gusta ese hombre. Me gusta tener un amigo que es casi de mi misma edad. Algo mayor, en realidad, pero no lo suficiente para ser mi padre, y eso también me gusta. Y todavía no se han apagado las brasas de su sexualidad; se nota cuando se enfada. Le gustan los hombres, me lo dijo enseguida, y no le importó cuando le dije que a mí no. Hablo en dialecto con los actores, pero no con él. Hablamos de obras y de teatro generalmente, nos contamos el uno al otro qué montajes hemos visto. No he visto casi nada que él no conozca ya.

Le pregunto qué es lo que hace buena una tragedia. Él se lo piensa un rato. Hay un silencio cordial entre nosotros mientras los actores, poco a poco, se van alejando, diciéndose adiós los unos a los otros con efectismo, y la lluvia aumenta, tamborileando en el tejado como dedos. Ha traído un buen vino no sé de dónde, no es el local.

—Una pregunta curiosa —dice—. Una buena muerte, un buen dolor, una buena tragedia. «Buena» es una palabra curiosa.

ANNABEL LYON

—Estoy escribiendo un libro. —Es la respuesta que suelo dar siempre cuando mi interlocutor me empieza a mirar de una forma rara. Y quizá sea así; de repente, creo que quizá sea así. Una obra breve, que me devuelva aquí cuando la lea de nuevo dentro de unos años, a esta lluvia y a esta copa de vino y a este hombre al que estoy dispuesto a querer. La comodidad que hay aquí, en este pequeño santuario.

—Por los dioses, hombre —dice el otro—. ¿Estás llorando?

Le respondo que no me encuentro bien.

—¿Qué tipo de libro? —me pregunta.

—Un análisis —digo sin pensarlo demasiado—. En dos partes, tragedia y comedia. Los elementos constitutivos de cada una, con ejemplos.

—Tragedia para principiantes.

—Claro. Una amable introducción.

—¿Cómo de mal estás?

Le digo que lloro con facilidad, que me río con facilidad, que me enfado con facilidad. Me siento abrumado.

—¿Y eso es una enfermedad?

Le pregunto cómo lo llamaría, pues.

—Histrionismo —dice—. ¿Y qué haces para curarte? Escribo libros.

Él asiente, luego menea la cabeza.

—Mi padre tenía lo mismo. Ojalá hubiese escrito libros. Era un borracho.

Espero algo más, pero no añade nada.

—Una buena tragedia —dice—. Creo que eres un aficionado.

Me inclino hacia delante. Le cuento que eso es exactamente lo que soy. Sugiero los zancos.

Él se ríe, luego se queda otra vez callado, tanto rato que me pregunto si nuestra conversación habrá concluido y si esperará que me vaya. Me aclaro la garganta.

—Es todo el curso de la vida de un personaje —dice—. Las acciones que emprende, las decisiones, las elecciones

que le traen justo hasta el momento presente. Tener que elegir. —Señala hacia mí—. Eso es lo que quiero decir. Estás rodeado de maldades, un banquete de maldades, y tienes que elegir. Tienes que llenar tu plato y comértelas.

—¿Y la comedia?

Me mira como si fuera idiota.

—La comedia te hace reír. Un par de esclavos sodomizándose el uno al otro, tenemos eso y gracias. ¿Cómo lo llamaríais aquí?

Pienso un momento.

—Dar por culo —digo en dialecto.

Él gruñe. Le gusta.

—¿Y ya está? —pregunto.

Carolo sacude un dedo reprobador hacia mí.

—No te voy a consentir que desprecies las comedias. Fueron mi forma de vida durante los primeros años. *Lisístrata* sin atrezo, no sé si me explico. Ésa me dio buena reputación. Entonces era sólo un adolescente.

—Empezaste muy joven.

—Pues sí, hombre. —Se agarra la entrepierna y nos reímos—. Era el negocio de la familia. Mi abuelo era Tiresias en la primera representación de *Edipo rey*.

—No me digas...

—Sí. Después de él, mi padre se encargó del papel. —Se me queda mirando y no dice nada más durante un rato.

Luego:

—Guardo la máscara que llevaba aquella noche. Te la enseñaré algún día, si quieres.

—¿Te la dieron? —Me refiero a la compañía. Las buenas máscaras son muy caras, irremplazables.

—La robé.

Asiento.

—No hay máscaras para esta gente. —Carolo agita la mano hacia la mesa que los actores acaban de abandonar para dirigirse a la ciudad—. No tengo ni tiempo ni dinero. De todos modos, ellos son tan tiosos que no creo que nadie notase la diferencia.

ANNABEL LYON

—Eres demasiado duro con ellos. Dionisio está mejorando, con tu ayuda.

Su gesto se vuelve amargo.

—No me trates con condescendencia —contesta—. ¿Crees que quería acabar aquí?

—Es curioso, oigo hablar muy a menudo de Pella en esos términos.

No le interesa nada de eso.

—¿Sabes quién lo hará bien? ¿El único? Penteo. Y ¿sabes por qué? Porque voy a acabar interpretando el papel yo mismo, si el otro falta a un maldito ensayo más.

—Puto —digo yo.

—Un puto ensayo. El viernes ya me tendrás haciéndome pasar por un nativo. ¿Dónde está ese hijo de puta, por cierto?

Algo aterriza en la mesa entre nosotros: la bola de trapos que usaban los actores como cabeza de Penteo. Se ha desenrollado y arrastra un rabo de trapo como una estrella fugaz. El bulto mugriento y blando cae casi sin provocar sonido alguno, sin volcar nuestras copas siquiera. La pintura que lleva, los ojos y la boca y un poco de sangre rosa, está emborronada como un dibujo infantil.

—Ya no asusta a nadie. —El chico sale de las sombras. Me pregunto cuánto tiempo llevará allí escuchándonos.

—Ah, eres tú. —Carolo me guiña el ojo—. Qué diablillo. Así pues, ¿qué nos asustaría?

El chico mira al techo.

—Una cabeza de verdad —dice.

Bravuconería infantil. Pero Carolo asiente, con las cejas levantadas. Finge seriedad; yo le sigo el juego.

—¿Y dónde podemos conseguir una? —pregunta el director.

El chico se queda callado, como si la pregunta fuera tan estúpida que se estuviera preguntando si no se había perdido algo.

—Pues en cualquier parte.

—Problemas logísticos —digo—. Necesitarías una ca-

beza nueva para cada representación. Dudo que aguantasen mucho.

—Sólo la haremos una noche —dice Carolo.

—Mucha sangre —intervengo—. Es una marranada.

—Una marranada —le dice Carolo al niño.

—Bueno, sí —contesta él—. Pero ¿no queréis que parezca real?

—Usamos los trajes una y otra vez —afirma Carolo—. Hoy de Penteo, mañana de Creón. ¿Quieres que lo tiñamos todo de rosa? Real, pero sólo lo justo, no sé si me entiendes.

—La podríais cauterizar —suelto. Los dos me miran—. Cauterizar. Pones una chapa de metal encima de un brasero. Luego aprietas el corte encima de la chapa hasta que se quema. Lo sella todo y detiene la sangre.

El chico frunce el ceño.

—Como la carne frita.

—Exacto.

—Bien. —Carolo da una palmada—. Problema resuelto. —Le arroja la pelota de trapos al chico—. Te pongo a ti al cargo, entonces. La cabeza de Penteo ahora es asunto tuyo.

El chico parece muy complacido. Se va, arrojando la pelota al aire y recogéndola cuando cae.

—Interesante —digo.

—Le gusta ver los ensayos, como a ti —interviene Carolo—. No molesta, no dice nada. A los actores les gusta tenerlo por ahí. Es como una mascota.

—De todos modos, tiene talento para lo dramático.

De nuevo las cejas arriba.

—Algún talento tiene —dice Carolo.

El chico vuelve.

—Por cierto, sé dónde está Penteo.

Me aclaro la garganta, preparándome para una presentación formal. Ya es hora.

—Mocoso. —Carolo me ignora—. ¿Dónde está?

—Está enfermo —contesta el chico—. He oído que los

ANNABEL LYON

actores hablaban de él. No puede comer y no puede cagar, y algunos días ni siquiera se puede levantar de la cama.

—Maldito maricón —dice Carolo, complacido consigo mismo.

El chico se vuelve, levanta la cabeza de trapos por encima de la suya propia y se va, ahora de verdad.

La pasada semana vi que podía lograr que Arrideo hiciera cualquier cosa, si tiene que ver con los caballos.

—¿Cuántos? —Señalo los compartimentos.

—Uno, dos, cinco —dice, y es verdad, hay cinco caballos dentro, incluido mi favorito, *Brea*.

—¿De qué color? —Señalo a *Brea*, y él se ríe, se bambolea, palmorea y busca la brida que cuelga de un clavo en la pared.

—No —le aparto la mano—. Pronto. Pero ahora no. ¿De qué color es *Brea*?

—*Nego, nego, nego* —dice él.

—Negro.

—*Ner-go*.

—Ro, ro, ro —digo—. Gro, gro, gro. Negro.

Él se ríe de mí; bien. Le doy un palo y hago que me dibuje formas en el barro: círculo, triángulo. Le cuesta el cuadrado, y veo que su atención se ha dispersado casi por completo, como el aceite casi totalmente consumido de una lámpara. Tiene un tipo de inteligencia salvaje, sabe más o menos cómo conseguir lo que necesita (comida, bebida, compañía básica, el orinal), pero si intento subir un nivel más, se queda agotado enseguida. Literalmente: con los ojos enrojecidos, empieza a bostezar, incluso su piel parece ponerse más gris.

Dejo las formas y hago que salte arriba y abajo diez veces mientras yo voy contando. También se cansa enseguida de esto, aunque ya no llora cuando no quiere hacer algo. Le he pedido al mozo de cuadra que le busque algún trabajito cerca de los caballos, barriendo y esas cosas, algo

que le mantenga en movimiento. Antes de irme le pediré a Filipo que se deshaga del cuidador y que encuentre a alguien más simpático, más dispuesto a reconocer sus mejoras y contribuir a ellas. Tiene que haber alguien.

—¿Es la hora de cabalgar? —pregunto.

Él ya monta más fácilmente, y se sienta erguido. Montado se muestra más coordinado, con mejor equilibrio que de pie. Eso me sorprende y no se me ocurre el motivo de que sea así, aunque el mozo me dice que él ya lo ha observado antes. Me parece que es de esos que ya lo han visto todo antes y que no quieren que se les explique nada, o al menos que no está dispuesto a mostrar sorpresa alguna, pero es amable y atento y me ayuda sin interponerse en mi camino, y no me ha preguntado por qué me preocupó. Dice que ha visto a niños que son torpes y desgarrados mostrar gracia con sus animales. Lo ha observado también con soldados heridos que tienen que aprender de nuevo a cabalgar. A veces podría ser una herida en la pierna o la pelvis, pero dice que ha visto a hombres que no tienen heridas externas y que han sufrido algún daño en la cabeza y no recuerdan ni cómo levantar las manos hasta que se les dan unas riendas. Le pregunto qué piensa él de todo esto. Se encoge de hombros.

—A la gente le gustan los caballos —dice—. Es una parte de nuestra naturaleza. Yo soy muy feliz a caballo, ¿tú no lo eres? Podría olvidarme de todo y seguir recordando cómo se monta. Mi padre era así también. Al final era sólo un idiota balbuciente, no muy distinto de éste —señala hacia Arrideo—, pero se sentaba como un general. ¿No eres mucho más feliz a caballo? —pregunta de nuevo.

No tengo corazón para decirle que yo no. Me pregunto dónde tendrá lugar el resto de su vida, cuando no esté en los establos: qué habitaciones, qué comida, qué sueño, a quién cabalga en su lecho. Le recuerdo a Arrideo que mantenga los talones bajos y no pierda de vista al mozo que lo lleva en torno a la pista con una correa. Dice

ANNABEL LYON

«anda», como le ha enseñado el hombrecillo, y «para»; un logro hercúleo en sólo siete días. En el lomo, Arrideo está imponente, y me encanta oír su voz dando esas órdenes. Le he ordenado a su cuidador que le bañe cada día y que mantenga su ropa bien limpia. Le he dicho a ese pequeño cascarrabias que le obligaré a cambiarle de ropa si lo que lleva el príncipe no es adecuado. Me cuido mucho de referirme a él como «el príncipe». Me gusta oír mi propia voz dando esas órdenes, y me pregunto a veces por qué he concebido un disgusto tan grande por ese cuidador. Él tiene un trabajo que yo detestaría, y para él resulta natural despreciarme a mí, que juego con el trabajo de su vida durante una hora o dos cada día. Me pregunto qué ambiciones podría tener si no estuviera ligado a un idiota todas las horas del día. Me pregunto qué hará cuando le libero de él. Tendré que seguirle a escondidas algún día y averiguarlo.

48

Después del paseo a caballo de Arrideo, le muestro cómo almohazar su montura. Al principio es rudo, y tengo que enseñarle la dirección del pelaje del caballo y los lugares más sensibles del cuerpo del animal. Todavía se pone nervioso alimentando a *Brea* con su propia mano, y las costras y la descamación de la piel no han mejorado, a pesar de los ungüentos que le he dado al cuidador.

—Se los come —dice éste, cuando devuelvo a Arrideo a su habitación—. Los chupa todos. ¿Les pones miel? Será por eso.

Está arreglando la habitación, barriendo, sacudiendo las mantas, o al menos hemos dado las señales suficientes de que nos acercábamos para que fingiera un poco. Ya tiene la comida preparada para Arrideo, que se dedica a comérsela con las dos manos. Inmediatamente nos ignora a ambos.

—Le pasa cada invierno —continúa el cuidador, antes de que yo pueda decir algo mordaz—. He intentado ponerle cataplasmas de miel antes. En los pies también. Se cura cuando el tiempo se vuelve cálido. Se lo vendo cuan-

do sangra, pero, si no, se lo dejo al aire. Los pies también. Por eso lo de las sandalias; y le dejo que vaya descalzo, cuando puedo. El aire fresco parece que le va bien.

—¿Sabes leer?

Se pone tenso.

—Ya me lo has preguntado. He trabajado sus letras con él. Pregúntale y verás.

—Quiero decir para ti mismo.

—¿Libros?

Asiento.

Y ahí está mi recompensa. Se muestra suspicaz, dolorosamente suspicaz, porque quiere dolorosamente lo que no está demasiado seguro de que le esté ofreciendo.

—He traído mi biblioteca conmigo —digo—. Me preguntaba si querrías que te prestara algo mientras salgo por ahí con el príncipe.

—He pensado que quizá tenga que acompañarte —contesta—. Así sabré cómo continuar, cuando tú te vayas.

Al fin. Hemos intercambiado cortesías, finalmente, y podemos empezar a entendernos el uno al otro.

—Estaré unos días más por aquí —le digo—. Déjame que te traiga algo mañana. ¿Qué te gusta más? ¿Poesía, historia, hábitos de los animales?

Se ríe desdeñosamente; cree que he hecho una broma en relación con Arrideo y quiere seguir jugando.

—Algo sobre educación, quizá —digo.

Borra la sonrisa de su cara. Vaya tregua más corta.

—No lo entiendo —interviene, viendo que el momento se evapora—. Él es un inútil, no sirve para nada. Tú precisamente tendrías que entenderlo. Pensaba que tú lo entenderías. Sé quién eres. ¿Cómo puedes soportar pasar el tiempo con él? ¿Cómo es posible que no te hiera? Tú, que comprendes todo lo que puede ser una mente humana, ¿cómo puedes soportarlo? Yo no tengo ni la centésima parte de tu mente, y hay días en que creo que me volveré loco. Lo noto. Lo oigo. Es más bien como un sonido que va reptando por las paredes, detrás de mi cabeza, acercándo-

ANNABEL LYON

se cada vez más y más. Un insecto gordo, quizás un escorpión. Un roce seco, eso es lo que me parece la locura.

Versos, entonces. Un joven, al fin y al cabo, enamorado de su propia melancolía, obligado a rumiar su propia inteligencia desperdiciada. Pero veo que está llorando, tiene los ojos brillantes. Aparta la cara para que no vea en lo más profundo de él. Pregunto cuánto tiempo lleva en compañía del príncipe. Coge aire, tembloroso, y dice que no importa.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte años.

Igual que mi sobrino.

—¿Y dónde duermes?

Se encoge de hombros.

—Ahí —indica—. Ahí, en el suelo. —Señala hacia una pared.

Debe de desenrollar una colchoneta por la noche y guardarla durante el día para dejar más espacio de juegos al príncipe. Ya se le han secado las lágrimas, en los ojos y la nariz, y vuelve a estar enfurruñado. Estoy familiarizado con tales brotes de lágrimas fáciles, y con la extraña discrepancia entre lo que hace la cara y lo que la mente podría estar haciendo. Yo mismo puedo llorar mientras trabajo, como, me baño, y me he despertado por la noche con los rastros de la baba de caracol en mi rostro.

Arrideo ha acabado de comer y tira del brazo de su cuidador. Éste, obediente, se pone de rodillas y saca el orinal de debajo de la cama. Lo coloca detrás de un biombo para Arrideo, que ya se ha desnudado y lo usa ruidosamente mientras mastica la comida, gruñendo y rezonando para sí, haciendo esfuerzos audibles. El hedor es fuerte. Me dispongo a irme.

—Pitágoras —dice el cuidador.

Asiento; mi propia negrura me está atrapando y necesito irme. Le traeré mi Pitágoras.

—Yo quería estudiar... —dice.

Pero ya no puedo escuchar nada más. Estoy fuera de la

habitación y salgo por el vestíbulo, caminando cada vez más rápido, concentrándome en el diseño de las baldosas, pensando en la geometría de las formas estrelladas.

«Soy una mierda.» Ese conocimiento es mi clima, mis nubes privadas. A veces, bajas, negras y pesadas; a veces, altas y deslizantes, el blanco e inocuo rebaño de un bonito día veraniego. En ocasiones, se lo digo a Pitia, un boletín urgente desde las tierras oscuras: «Soy una mierda». Ella no dice nada.

Tenía que haber sido el invitado de Filipo en la representación, pero Carolo me pide que me quede entre bambalinas con él (que lleve su copia del texto), que ayude con el atrezzo y que ejerza, en general, una influencia calmante.

—Sobre ellos, no sobre mí —dice—. Ahora están acostumbrados a ti. Dime, ¿por qué hasta los malos actores son tan nerviosos?

Abro la boca para responderle, pero él me dice:

—Bah, calla. Era una pregunta retórica. Cómo te gusta hablar, ¿eh? Venga, toma esto.

Es la cabeza de Penteo, una segunda bola de trapos, ya que el chico se llevó la primera y no ha vuelto. Esta otra está atada con más firmeza, al menos, y no se deshará, aunque la cara sigue siendo algo basta: unos ojos negros fijos, dos tercios de triángulo como nariz, una boca roja, un solo corte rojo en la garganta.

—Esto también. —Carolo me da un puñado de palitos atados con hiedra.

Él mismo va vestido con la ropa de Penteo; como el chico, el actor ha desaparecido, y nadie parece saber qué le ha ocurrido. Lo que Carolo quiere realmente que haga, me parece, es apuntar a los actores cuando él esté en escena. Filipo, de todos modos, está ocupado con su último in-

ANNABEL LYON

vitado, el hermano de Olimpia, Alexandros. Pasó unos años como pupilo del rey en Pella, mientras Filipo esperaba que llegara a la edad adulta. Ahora le acaba de nombrar rey de Molosso, y ésta es su primera visita oficial a la corte que llamó hogar durante tanto tiempo. Tiene los mismos colores que su hermana (rosado, rojo, ojos oscuros). A Filipo le gusta. Desde las bambalinas los veo beber mucho, con las cabezas juntas en conversación, riéndose a menudo. Dudo de que presten la menor atención a la obra.

Me pongo la cabeza bajo el brazo y me preparo para tender los palitos al coro, a medida que vayan pasando. Me hormiguean las manos por la emoción; llevo todo el día algo aturdido. Me gusta esta posición estratégica, ver la obra desde detrás; observar todo lo que está pasando. Me encanta estar en el interior, entre bastidores, en el reverso de cualquier cosa, y ver lo que normalmente no se ve.

52 —Y... —Carolo levanta una mano y luego la baja. Empieza la música.

No estoy seguro del momento exacto en el que el chico se desliza a mi lado. Echo un vistazo y sencillamente está ahí, mirando hacia el escenario, tan fascinado como yo. Observa el movimiento de mi cabeza, me mira, y ambos sonreímos. Esto es de verdad. Me coge la cabeza de debajo del brazo, para ayudar, y yo asiento, como para decirle que le daré la señal cuando llegue el momento de tendérsela al actor.

—Mira, ella se acerca —dicen al mismo tiempo los actores que hacen de coro—. Agave, su madre, que vuelve a casa. ¡Qué ojos trae! ¡Mirad sus ojos! Están fijos. Está poseída. Traedla hasta nosotros, está llena del dios y de su éxtasis.

Entonces asiento. El chico le da la cabeza al actor que representa a Agave, que corre hacia el escenario. Luego, un momento de silencio. Un titubeante Carolo, junto a mí, mira frenéticamente el texto y susurra:

—Mujeres del este...

Miro al chico. Arroja hacia el aire la cabeza de trapos que me ha quitado y la vuelve a coger. Mira con intención hacia el escenario.

—Mujeres del este —susurra Carolo, más alto.

—Mujeres del este... Bacantes —dice Agave.

Recuerdo que el actor que representaba a Penteo tenía el pelo liso, pero la barba rizada, y una verruga debajo del ojo izquierdo. Lo recuerdo porque ahora mismo estoy viendo su cabeza, entre los brazos del actor que representa a Agave.

—¿Nos reconoces? —pregunta uno de los corifeos. Los otros, sobresaltados al ver la cabeza, se han olvidado de hablar—. ¿Sabes quiénes somos? ¿Nuestra verdadera naturaleza?

—Mirad. Es un cachorro de león. Yo lo he cogido. Lo he cogido sin red. Mirad —dice Agave. Su voz se ha vuelto estridente y sus ojos están empañados. Está drogado por la conmoción.

Entre el público, Filipo ha dejado de hablar con su invitado. Sus cejas están levantadas, mira hacia el escenario. Ahora sí que está interesado.

Después, Carolo no puede dejar de menear la cabeza.

—Ha sido la mejor puta actuación. Nunca he visto nada semejante en toda mi miserable y puta vida.

La cabeza ha desaparecido; ha hecho que un tramoyista la volviera a envolver en la tela que había traído el muchacho y se la llevara a alguna parte.

—La cautericé, como me dijiste —me dice el chico—. Ha funcionado.

—Eres un diablo y un monstruo —interviene Carolo.

—Pensaba que no funcionaría si lo sabían antes de tiempo —dice el chico—. Pensaba en lo que dijiste..., sobre que las cosas tienen que parecer reales, y que siempre te estabas quejando de que todos ellos eran muy malos actores. Y entonces pensé: ¿y si no tuvieran que actuar? ¿Y si se limitaran a ser ellos mismos?



ANNABEL LYON

Los actores habían huido hacía rato. Olores entre bas- tidores de orina y de vómito: compasión y miedo. Carolo tendrá que hacer la colada, al final.

—Murió anoche —continúa el chico—. Ya te dije que estaba enfermo. Creo que las cosas ocurren por un moti- vo, ¿no crees? —Por primera vez parece..., no dubitativo, sino impaciente—. ¿Qué pasa? —Mira a Carolo, luego a mí, una y otra vez—. Sabes que ha sido perfecto. ¿Qué pasa?

Esta mañana, antes de la representación, Filippo ha he- cho que me buscaran. Le he encontrado en un patio rodeado de tablas de madera de distintas alturas, acome- tiendo a un soldado que rechazaba sus golpes con un es- cudo. He visto las enormes lanzas de los guardias, que he supuesto que eran ornamentales, pero el rey blandía unos palos groseramente recortados de una longitud similar.

54

—Es un invento mío —ha dicho—. La *sarissa*. Mira, ya verás, aquí tenemos una lanza tracia, y una iliria, y otras más. La *sarissa* es más larga aún, un tercio más. ¿Ves lo que conlleva?

Sí, lo veía, pero estaba más interesado en la física. He levantado una.

—Es más pesada.

—Pero no mucho. Compensas el peso con un escudo más pequeño.

He dado unas cuantas estocadas mientras él me mi- raba.

—Estás oxidado —me ha dicho al final—. Al fin te has cambiado de ropa.

Me ha presentado al soldado, que ha resultado ser uno de sus viejos generales, Antipatro. Tenía el pelo corto, la barba corta, los ojos cansados. Cuando Filippo estaba fuera, en la guerra, Antipatro era el regente. Los tres nos hemos sentado bajo la columnata, mientras la primera lluvia del día moteaba el patio, y hemos bebido vino mezclado con



agua. Mientras hablábamos, pensaba en el Filippo de cuando era niño. Jugamos juntos, quizás en aquel mismo patio. Me parecía recordar alguna competición de lucha, el olor de sudor y de hierba; orgulloso, privado, dulce. No recuerdo quién ganó.

—Te ofrece su lealtad y pide tu ayuda —le he dicho, refiriéndome a Hermias.

Filipo ha vuelto a leer el tratado que le he traído, lentamente, mientras un paje reunía todas las lanzas y se las llevaba, bajo la fuerte lluvia. Me imaginaba a Filippo en diversos campos de batalla, atisbando a su alrededor para añadir una pieza más a su colección y matando enseguida al portador cuando encontraba alguna. ¿No era ése cierto tipo de ciencia también?

—Bebe —me ha ordenado Filippo, sin levantar los ojos, cuando me he removido en mi silla.

He bebido. Estudioso rodeado de estudiosos, había olvidado lo despacio que lee la gente. Al cabo de mucho rato, Filippo ha empezado a hablar de sus ambiciones.

—Me gusta este amigo tuyo —ha dicho, agitando el tratado—. Es astuto, un superviviente.

—Estaría encantado de llevarle ese mensaje.

—Alguien lo hará. Tú no. Te voy a necesitar.

Yo miraba al paje, un chico de piel oscura con rizos apretados y las palmas amarillas. Había venido de lejos, quizá de Egipto o de Etiopía. Tal vez había cambiado de mano muchas, muchas veces, antes de aterrizar allí, entre aquellas lanzas y maniqués. Filippo hablaba de Atenas. Atenas era vieja, Atenas estaba decrepita, Atenas se estaba muriendo, pero Atenas seguía siendo clave. Antipatro estaba sentado allí con los pies colocados planos en el suelo, las palmas planas en los muslos, mirando fijamente al aire que tenía entre las rodillas. Yo me preguntaba, aunque había esquivado los golpes con bastante agilidad, si no sentiría dolor. Atenas, sin embargo..., eso estaba bien. Durante un momento, Filippo me había asustado, diciendo que me necesitaba.

ANNABEL LYON

—Habíamos esperado —ha dicho— que, después de la muerte de Platón, la Academia fuera a parar a ti. Entonces habrías tenido alguna influencia. No me gusta ese Espeusipo que está ahí ahora.

Me he sentido confundido: Platón, mi maestro, había muerto cinco años antes. ¿Filipo llevaba cinco años observándome?

—Espeusipo es su sobrino —he dicho—. Y a mí tampoco me gusta.

Sus manitas pequeñas y sus modales amables, y su mente pequeña y amable. Escribía diálogos, como su tío, en las cuales el desafiador siempre acababa sumido en la confusión ante el ataque perspicaz del interrogador. Una vez le dije que no tuviera miedo de adentrarse en una pelea de la que no pudiera ver la salida de forma inmediata. Había pensado que eso le ayudaría, pero después de aquello me consideró enemigo suyo, a su manera afable.

—Me escribe cartas —ha dicho Filipo—, en las que me da consejos. Me compara con el dios Heracles. Encuentra asombrosos parecidos entre nosotros.

Antipatro y yo hemos sonreído de forma idéntica, pequeña y seca; hemos captado cada uno los ojos del otro y luego hemos apartado la vista. Amigos, así de rápido.

Filipo, un ingenio lo bastante diestro para ir rápidamente más allá de sus propias bromas, ha sacudido la cabeza.

—Volverán a pensar en ti, sin embargo, cuando muera Espeusipo. Ya es bastante mayor, ¿no? Porque necesito ese tipo de poder. No puedes hacerlo todo con lanzas. Me ven como un bárbaro, pero te ven a ti y ven a uno de los suyos. Al poder militar lo combatirán y lo combaten como una cabra que da topetazos, pero tú puedes meterte bajo su piel. El jefe de la Academia, eso es lo que ellos respetan. Platón usaba ese cargo como un diplomático, jugando con el poder, influyendo en la política. Los reyes le escuchaban.

—¿Igual que escuchas tú a Espeusipo?

—Tú no eres ningún payaso afeminado. Bueno, no eres ningún payaso. Te escucharán cuando llegue el momento. Mientras, tengo trabajo para ti aquí.

No.

—Aquí.

—Puedes ser el tutor de mi hijo.

La lluvia ha hecho una pausa en el aire, luego ha seguido cayendo.

—¿Es indigno de ti?

—Por supuesto que es indigno de mí —he dicho—. Tengo trabajo que hacer.

—Pero a él le gustas. Me lo ha dicho personalmente.

—¿Arrideo?

Antipatro ha levantado la cabeza.

Filipo se ha quedado asombrado un momento. Luego su rostro se ha aclarado.

—No, idiota. Alejandro.

Después de la representación me quedo en la cama mirando a mi esposa, que se quita las largas horquillas de oro del pelo y los broches punzantes de la túnica. Cuántos pinchos necesita para sujetarlo todo. Mientras los hombres estábamos en el teatro, ella ha pasado la velada con Olimpia y sus mujeres, tejiendo. Dice que la reina tenía una cesta junto a los pies, y que cuando ha visto que Pitia la miraba, se la ha tendido para que la viera. Dentro se encontraba una serpiente negra no mayor que un brazalete. Al llegar la comida, Olimpia la ha alimentado de su propio plato, carne cortada muy fina, como la que se daría a un niño. Las mujeres hablaban de la comida, entusiasmadas, y de las diferentes formas de preparar las judías y la carne. Demostraban cuáles eran sus cortes favoritos dándose palmadas en el culo y en las piernas, y riendo, hasta que mi pobre Pitia ha tenido que dejar a un lado su propio plato. El único momento agradable de la velada, según me ha contado, ha llegado al principio, cuando el pequeño

ANNABEL LYON

Alejandro ha pasado a darle un beso a su madre. Ha tenido que ser antes de la representación. Al presentárselo a Pitia, la ha saludado con mucha calidez, con gran cortesía y encanto, y, según me ha dicho ella, tenía un olor especiado muy limpio y agradable. No he podido contarle lo de la cabeza. Quizá sea mejor que no lo sepa nunca.

—Haremos lo que debemos —dice de nuevo.

—No puedes tener opinión. A ti no te afecta. Si nos quedamos, podría ser durante años.

—¿Te han dado elección?

No digo nada.

—Son muy brutos —afirma—. Todos ellos. Su cuerpo apesta. Las mujeres hacen trabajos de esclava. Su vino es malo. La reina... —mira por encima del hombro, hacia mí—... está loca.

—Ellos gobernarán el mundo.

—No lo dudo. —Viene a mi lado y se echa de espaldas.

Me apoyo en un codo y la miro.

—Yo quería llevarte a Atenas. Allí habrías estado como en casa.

—Mi casa estaba en Mitilene.

Como su tono es enfurruñado, no le respondo, pero le toco la cadera. Ella estira las piernas. Seca de nuevo. Se estremece cuando la toco. Dice algo más de mi decisión, formula alguna pregunta. Pongo la lengua justo ahí, en la semilla de granada, y los tendones de su entrepierna se ponen tensos como cuerdas de arco. Compasión y temor, purga, alivio. Mi lengua se mueve. Una sustancia como la clara de huevo.

Aquella noche sueño con Estagira. Cuando me despierto, me siento largo rato junto a la ventana, envuelto en una manta, recordando. Yo era un chico triste, solitario y asustado cuando llamaban a mi padre por la noche o cuando viajaba, lo que sucedía a menudo. Él era el único médico para muchos de los pueblecitos costeros. A medi-

da que crecía su reputación, le llamaban cada vez desde más lejos, de ciudades cada vez mayores. A los gemelos se les permitía todavía dormir con nuestra madre, pero yo no tenía a nadie. Sufrí terrores nocturnos hasta que mi madre me enseñó el truco de concentrarme en lo que tenía más cerca: la longitud y la textura de los hilos de la piel sobre la que dormía, o contar los latidos del pulso en mi muñeca, o notar las olas de la respiración en mi cuerpo, y de ese modo me distraía. Ella decía que aquel truco la había ayudado cuando tenía el mismo problema. Pronto lo practicaba donde quiera que iba, observando, analizando y clasificando compulsivamente, hasta que nadie quería hablar conmigo a causa de las preguntas que hacía y la información que difundía. «¿Lo has observado alguna vez?», preguntaba a los muchachos de mi edad. «¿Puedes decírmelo?», preguntaba a los adultos. Pronto pasaba todo el tiempo solo, nadando con los ojos abiertos, atrapando insectos, leyendo los libros de mi padre, cortándome para observar la sangre, dibujando mapas, calcando hojas, clasificando estrellas, y todo ello me ayudaba un poco, aunque nada de todo aquello me ayudaba mucho. Los peores días me quedaba en la cama, incapaz de hablar ni de comer, hasta que la negrura se disipaba.

—Es un chico extraño —oí que mi padre le decía a mi madre, en una de sus visitas a casa, cada vez más raras—. Me preocupa. No su salud, sino su mente. No sé si tiene demasiada disciplina o ninguna en absoluto. Va a lugares a los que no puedo seguirle, a su propio interior.

—Te echa de menos —dijo mi madre.

Ahora observo a Alejandro mucho más de cerca. A punto de partir Filipo hacia Tesalia, un amanecer de verano, temprano, salimos cabalgando juntos para cazar. Llego con mis segundas mejores ropas, sin armas, sobre el lento y fiable *Brea*. Filipo y su entorno de pajes y acompañantes con sus mantos púrpura van con traje de cam-

ANNABEL LYON

pañá completo. La tierra bajo sus monturas se agita, llena de perros. Después de algunos insultos (se sugiere que sería mejor que yo llevase una soga en torno a la cintura, como un muchacho que todavía no ha matado a nadie), me tienden una pica que les sobra y un escudo, y yo procuro mantener el paso lo mejor que puedo. Cabalgamos hacia el parque real, donde las festividades del día empiezan con el sacrificio de un cochinillo que chilla y corretea. Es un día de pompa y etiqueta, y lo veo como una sucesión de imágenes congeladas, como una serie de monedas acuñadas y vueltas a acuñar, brillando al sol. Filipo, de perfil, con su casco. Un perro que se incorpora sobre las patas traseras mientras su propietario desengancha su correa. Una lanza que se balancea sobre un hombro. Un jabalí que irrumpe en un claro. Alejandro, descabalgando de su caballo, con el cuchillo desenvainado. El jabalí que se desprende de una lanza que tiene poco hundida en el costado, y patea el cráneo de un perro, y vuelve a huir de nuevo. El perro, una pata espasmódica. El perro, muerto. Un pellejo de vino que pasa de mano en mano. Alejandro que busca su montura.

60

Filipo empieza a meterse con él, ofreciéndole un caballo asustadizo, desafiándolo a montarlo. El animal se llama *Bucéfalo*, por la marca blanca que tiene en la frente. El chico lo vuelve hacia el sol, cegándolo, y lo monta con facilidad. Filipo, borracho, hace un comentario sarcástico. Desde el lomo del caballo de guerra, el chico mira a su padre como si estuviera cubierto de mierda. Ésa es la moneda que llevaré más tiempo en mi bolsillo, la imagen que iré toqueteando una y otra vez con el pulgar.

Yo podría ayudarle, igual que a su hermano. Podría llenarme la bolsa. Podría quedarme.

2

Cuando tenía catorce años, mi padre vino a casa y anunció que nos trasladábamos a la capital porque le habían nombrado físico personal del rey. Sus viajes cesaron repentinamente, y durante unas pocas semanas se quedó en Estagira, atendiendo sólo casos locales y preparando la mudanza. Mientras mi madre, mi hermana y los criados se atareaban cargando los carros, yo me entregaba a precoces brotes de nostalgia, vagando de un acantilado a la orilla, nadando y preguntándome cuándo volveríamos. Tenía miedo de Pella, de la falta de soledad, de un paisaje con el que no estaba familiarizado, de estar bajo los ojos de mis padres mucho más de lo que había estado en nuestro pueblo. Temía a mi padre. Aunque cuando era muy pequeño le había echado en falta terriblemente, ahora me parecía estricto, remoto, y a menudo me decepcionaba. Sus ánimos llegaban en pequeñas dosis, y a menudo al azar: ¿por qué estaba bien querer contemplar el nacimiento de una camada de cachorros pero resultaba ocioso y una pérdida de tiempo trabajar en la relación matemática entre la longitud de una cuerda de lira y el tono que ésta producía?

Cuando más me gustaba era cuando le acompañaba en